

minúsculas

Múcura, archipiélago de San Bernardo, fotografías: Klein

Con tres heridas: la de la muerte, la de la vida, la del amor

Paloma Pérez Sastre

A Miguel Hernández

¿Qué relación puede tener una profesora de lengua materna que pasa sus días de tablero en tablero, en reuniones o frente a un computador, con una realidad tan espantosa como las minas antipersona? ¿Qué sensación distinta al escalofrío puedo sentir al saber que hay quienes se visten por la mañana para salir a matar, y que usan su capacidad mental para imaginar la trampa, la sofisticación del camuflaje, la forma y magnitud del estallido, el daño más letal, la sobrevivencia más infecciosa? Sé que son tan humanos el amor y el arte como la crueldad y la guerra, y hasta entiendo que en Colombia

haya razones para el odio. ¿Lo sé? ¿Lo entiendo?

Un día vino a mi oficina una estudiante del último año de medicina, quien, por alguna razón, no había tomado la materia de escritura que dicto en los primeros niveles. Ella necesitaba cumplir el requisito para graduarse y teníamos poco tiempo. Le pedí entonces que escribiera un diario de su cotidianidad como médica interna. Suponía que estaría experimentando muchas cosas por primera vez, y vi ahí una oportunidad para que apresara en palabras todas esas vivencias y emociones que quizás no volverían a aparecer. Por último, le recomendé poner el foco en los pacientes y en su manera de comunicarse con ellos.

Una semana después vino a decirme que no había sido capaz de escribir nada. Ella rotaba por el servicio de ortopedia del

Hospital Pablo Tobón Uribe, centro de remisión de las Fuerzas Militares de Colombia, adonde constantemente llegan helicópteros con soldados víctimas de “accidentes” —¿cómo pueden usar ese sustantivo para nombrar una agresión premeditada?— con minas antipersona. Decía que el paciente no le hablaba, que ni siquiera advertía su presencia, y lo peor: que volvía su cara hacia la pared. La insté a seguir yendo todos los días, quedarse un rato largo en la habitación y tomar nota. El paciente nunca le habló, pero en el silencio ella empezó a oír otra voz dentro de sí, y de ahí surgió la escritura.

Por el diario supe que se trataba de John Fredy, un soldado regular de veintidós años, de origen campesino, natural del Chocó, a quien, a causa del estallido, le amputaron la extremidad inferior derecha. Sufrió también

Rector:
Alberto Uribe Correa
Vicerrector general:
Martiniano Jaime Contreras
Secretario general:
Luquegi Gil Neira
Director:
Elkin Restrepo
Asistente de dirección:
Janeth Posada Franco
Diseñadora:
Juliana Caicedo Cadavid

Auxiliar administrativa:
Ana Fernanda Durango Burgos
Corrector:
Diego García Sierra

Comité editorial:
Jairo Alarcón, Carlos Arturo Fernández, Patricia Nieto, Juan Carlos Orrego, César Ospina, Margarita Gaviria, Luz María Restrepo, Alonso Sepúlveda, Nora Eugenia Restrepo, Carlos Vásquez.

lesiones que lo dejaron ciego y con una severa hipoacusia que le dificultaba penosamente la comunicación. Permaneció varias semanas en la Unidad de Cuidados Intensivos, y estaba casi afónico por la lesión que le produjo en las cuerdas vocales el tubo por el cual lo oxigenaban. Además, después de dos meses y medio de hospitalización, la infección se ensañaba en el muñón. Mientras tanto, John Fredy reclamaba la presencia de su papá. No habían querido contarle que mientras él perdía una pierna en el quirófano, al padre un infarto le amputaba la vida.

Este fue el primer paciente con el que quise iniciar el diario, pero al primer contacto fuera de la relación médico paciente, titubeé tanto para preguntarle siquiera el nombre, que no pude continuar, pues al conocer de antemano su trágica historia no pude evitar sentirme tan mal que me tuve que retirar de la habitación.

Así que en lugar de pedirle un trabajo inofensivo a mi estudiante, yo había resultado complicándole la vida. Podía imaginarla adolorida y desconcertada ante tamaño estropicio humano, pero me sorprendía que en el llamado a la escritura ella hubiera identificado un elemento con el que no había contado y que se salía de lo que hasta entonces entendía por “relación médico-paciente”.

Otros soldados vinieron a ocupar el lugar de John Fredy, ninguno mayor de veinticuatro años.

...comenzar a hablar con ellos no como médica, sino como una persona interesada en sus vivencias, lo cual fue todo un fracaso [sic], porque al leer como médica una historia clínica me concentro en la patología, los medicamentos que recibe actualmente, los resultados de los últimos paraclínicos y la fecha de la última cirugía o lavado de su extremidad; pero al hacerlo como una persona del común interesada en la vida de esta persona me involucro más de lo planeado con sentimientos y temores propios reflejados en la experiencia vivida por ese paciente.

Se da por sentado que la universidad es el lugar del conocimiento; sin embargo, ¿qué valor tiene el conocimiento si nos abandona frente a la vida? ¿En qué momento de la formación de los médicos llega el mensaje de un “deber ser” sordo? ¿Quién lo emite? ¿Con qué gestos o palabras?

A veces me era imposible separar el dolor ajeno del propio. Se supone que eso es lo que debe hacer un médico, y quizás por ello a veces nos volvemos seres tan fríos y despotas, tratando simplemente de protegernos de todos esos miedos y sentimientos abrumadores reflejados en nuestros pacientes.

El paciente y la médica novel frente a frente: un hombre talado, desgarrado en cuerpo y espíritu, y una mujer investida de ciencia. Silencio. Ella duda, se sale del guión y surge otra de la que por fin brota la palabra, la propia; arrancada de sí, adherida a jirones de piel y astillas de hueso:

Hoy estuve en una cirugía de amputación. Nunca pensé impresionarme tanto con ello [...] algo en mí se negaba intensamente, no quería cortarle la pierna a alguien [...] Al salir de aquel acto, quedé devastada, como si hubiera dejado todas mis energías en aquella pierna amputada con una simple sierra eléctrica. La verdad no quisiera hablar más al respecto.

¿Cómo pensar ahora su trabajo y el mío? ¿Será posible recortar, remendar y pulir seres destrozados sin escuchar e interrumpir algunos silencios para zurcir palabras?

Tenía razón Wislawa Szymborska cuando escribió:

Después de cada guerra
alguien tiene que limpiar.
No se van a ordenar solas las
cosas,
digo yo.

palomaperez@une.net.co
Profesora de la Universidad de Antioquia.



Impresión: Imprenta Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia
Correspondencia y suscripciones:
Departamento de Publicaciones,
Universidad de Antioquia
Bloque 28, oficina 233,
Ciudad Universitaria
Calle 67 N.º 53-108
Apartado 1226, Medellín, Colombia
Tel.: (574) 219 50 10, 219 50 14
Fax: (574) 219 50 12
revudea@quimbaya.udea.edu.co

Página web:
www.udea.edu.co/revistaudea
Versión digital
www.latam-studies.com
<http://oceanodigital.oceano.com/>
Publicación indexada en: MLA,
Ulrich's, CLASE
Canje: Sistema de Bibliotecas,
Universidad de Antioquia
Bloque 8, Ciudad Universitaria
E-mail: canjebc@caribe.udea.edu.co
Licencia del Ministerio de Gobierno
N.º 00238

La *Revista Universidad de Antioquia* no se hace responsable de los conceptos y opiniones emitidos en los artículos, los cuales son responsabilidad exclusiva de los autores.

El lado útil de los *rankings* universitarios

Andrés García Londoño

Uno de los síntomas de esa tecnocracia que se ha apoderado del mundo es la manía de medirlo todo. Esto es, la idea de que desarrollar un montón de indicadores puede hacer más objetivos los análisis. Uno de los problemas centrales con ello es que ser científico no es lo mismo que ser científicista: en ciencia olvidar el contexto lleva al error, mientras que los tecnócratas suelen hacerlo por conveniencia, por lo que al final lo que tienen es poco más que un montón de números con muchos datos pero poco significado.

Uno de los fenómenos donde esa tendencia se manifiesta hoy es en los *rankings* universitarios. Cada vez es más frecuente encontrar artículos en revistas de divulgación o especializadas con títulos como “Las diez mejores universidades de Colombia” o “Las cien mejores universidades del mundo”. Y estas listas siempre parten de un punto: números que clasifican. Y estos reportes a su vez sirven para presionar a los profesores a tener lo que se llama “mayor productividad” y para tomar decisiones políticas donde con frecuencia sólo se ve lo que se quiere ver y se obvian los contextos.

Sin embargo, la Asociación Europea de Universidades (EUA, por sus siglas en inglés) publicó en 2011 un reporte interesante, escrito por Andrejs Raulvargers, respecto de los *rankings* universitarios globales y su impacto, una de cuyas conclusiones es que los más importantes fueron creados para medir a las universidades ubicadas en el 3% superior (las primeras 200 universidades), por lo que sólo pueden dar una noción del estado —con exactitud decreciente a medida que se desciende en la lista— de las primeras 1.200 universidades del

mundo, entre las aproximadamente 17.000 que existen. Entonces, ¿es confiable para Colombia usar esos datos cuando ninguna de sus universidades aparece siquiera en muchos listados —entre ellos, el más antiguo, el Academic Ranking of World Universities (ARWU), creado originalmente como un método de comparación entre las universidades chinas y las estadounidenses—, y en los *rankings* en que sí aparecen, como el Quacquarelli Symonds (QS), nuestras instituciones de educación superior sólo comienzan a existir a partir del puesto cuatrocientos, con sólo dos —la Universidad de los Andes y la Universidad Nacional— entre las primeras quinientas del mundo?

Dado que estos *rankings* suelen usar medidas del todo inapropiadas para nuestra realidad —como el número de graduados y profesores que han ganado premios Nobel—, la única forma de que esos datos nos digan algo es usar a las universidades que están en ese 3% superior como referentes para ver el panorama general de la educación superior colombiana, no de una institución particular. Y lo que resalta de forma más evidente es que cada una de las universidades ubicadas en los primeros puestos en los distintos *rankings* tiene presupuestos que superan —y con frecuencia multiplican— todo lo que el gobierno nacional destina para el sistema de educación superior en Colombia. Una diferencia que con el tiempo aumenta en lugar de disminuir, pues se vuelve patrimonio, lo que hace que la distancia sea cada vez más abismal: para dar sólo un ejemplo, los bienes de la Universidad de Harvard —que junto con Cambridge suele ocupar el primer lugar en dichos *rankings*— superan los 32 mil millones de dólares, lo que viene a ser más de la tercera parte del presupuesto del Estado colombiano (o lo que es lo mismo, la suma que el gobierno nacional

gasta cada año en tres aspectos centrales: defensa, educación —primaria, secundaria y superior— y salud para toda Colombia). No es de extrañar, entonces, que los rendimientos de ese patrimonio le permitan a Harvard contar con un presupuesto anual que dobla la suma que el gobierno colombiano destina para todas las universidades nacionales. Y el caso de Harvard no es la excepción, sino reflejo de la regla de las “top universities”.

Lo que lleva a otro punto, y es la naturaleza de la universidad. A pesar de que un solo año de matrícula y gastos asociados para un pregrado en Harvard puede superar fácilmente los cien millones de pesos, es una universidad privada sin ánimo de lucro, por lo que todo lo ganado por Harvard se destina a aumentar su patrimonio y mejorar sus capacidades, en lugar de ir a manos de inversionistas ávidos de beneficios. Los primeros lugares en los *rankings* se dividen entre universidades privadas sin ánimo de lucro —como las universidades de la Ivy League— y universidades públicas, como Cambridge, Michigan, Berkeley y Oxford, mientras que las universidades con ánimo de lucro están ausentes. La solución para acercarse a las universidades colombianas a las universidades de elite no puede partir entonces de la privatización de la universidad, de volverla un negocio que debe dar un rendimiento económico, sino de un punto muy concreto: darle a la universidad colombiana un presupuesto no un poco, sino mucho mayor.

Contemplar los *rankings* en contexto lleva a una conclusión: los sucesivos gobiernos colombianos pueden decir todo lo que quieran, sacar cuantas leyes deseen para hacer otro reparto de migajas y forzar a las administraciones universitarias a

exprimirles cada gota de sudor a los profesores, pero si lo que se busca es una mejor educación superior pública, lo primero que falta son recursos económicos. Es quimérico esperar que cada universidad colombiana llegue a tener los mismos presupuestos de sus equivalentes estadounidenses o europeas de igual tamaño, pero estamos demasiado lejos de tener siquiera las condiciones mínimas como para pretender aplicar a la producción intelectual y académica de nuestras universidades la misma regla que a ellas. Lo que sí se puede hacer es buscar crear esas condiciones mínimas, y para ello lo primero que se necesita es recursos y voluntad política para hacerlo.

¿Para qué más recursos? Para lo más básico, nada más y nada menos. Esto es, primero, para atraer profesores cada vez más calificados y conservarlos, pues con los sistemas de contratación actual—donde el profesor universitario deja de ser un intelectual para volverse un funcionario sin tiempo para leer, crear o actualizarse; una figura triste que se limita a dar clases en un salón o escribir artículos de investigación simplemente por cumplir requisitos, de forma apresurada y con el mínimo apoyo institucional—, la fuga de cerebros sólo se acentuará con el tiempo,

bien sea al exterior o a universidades privadas; segundo, para actualizar nuestras decadentes bibliotecas y tener acceso a bases de datos de primer nivel; y tercero, para poder hacer investigaciones de envergadura y negociar con la empresa privada desde una posición ventajosa, en lugar de culpar a los profesores de no conseguir financiamiento, pues no son ellos los que deberían buscarlo, sino que su labor debe ser centrarse en investigar, educar y crear.

La diferencia no está en el talento humano: Harvard o Cambridge tienen las mismas posibilidades de tener un genio en potencia entre sus alumnos que cualquier universidad pública colombiana. Lo que sí tienen esas instituciones en un grado mucho mayor es la posibilidad de convertir a ese alumno en alguien que haga un descubrimiento revolucionario en su campo gracias, entre otras razones, a bibliotecas actualizadas y profesores que pueden dedicarle a su formación el tiempo que necesita. Todo lo demás no pasa de ser una suma de sofismas de distracción y regodeo tecnócrata para defender lo insostenible y exigir lo inconseguible.

agarlon@hotmail.com



Mascotas de piedra

Ignacio Piedrahíta

Dicen los que tienen mascotas que estas no solo alegran el hogar con su compañía sino que además enseñan a los niños lo que es la responsabilidad. Con una mascota goza y sufre la familia entera, aunque siempre debe haber un dueño titulado al que le corresponde en primera instancia el cuidado y la potestad. Los que tienen perro, por este solo hecho, sienten afinidad, sin importar si la una lleva del collar un gran danés y el otro un pincher. Mientras tanto, los que tienen gato se creen de mejor familia y forman un círculo más exclusivo. En cualquier caso, cuando hablamos de mascotas nos referimos a animales, pero ¿qué pasaría si se tratara de rocas?

El fotógrafo norteamericano Fritz Hoffmann buscó una respuesta a esta pregunta en un tipo de rocas que los geólogos llaman “bloques erráticos”. Son rocas que, como viajeros solitarios, han llegado hasta su lugar actual arrastradas por inmensos glaciares de antiguas épocas heladas. De ahí que por lo general se encuentren aisladas de otras rocas y su contorno tenga cierta redondez, testigo de su larga travesía. Los glaciares que las trajeron ya se han derretido, por supuesto, y ellas han quedado en los lugares más inesperados. En el Central Park de Nueva York hay una, por ejemplo, traída hasta allí cuando todo el norte de los Estados Unidos estaba cubierto por amplias colchas de hielo.

Hoffmann entendió que a pesar de que una roca no crece ni se reproduce, y no responde a la caricia humana de la misma manera que un animal, las personas rara vez se quedan indiferentes ante su presencia. Así mismo sucede frente estas piedras errantes del tamaño hasta de un camión o un pequeño edificio. El hecho de no poderse las



llevar a casa permite por ejemplo que una sola “mascota de piedra” o *pet rock* —como él las ha llamado— tenga muchos “dueños” al mismo tiempo. En algunos lugares, la comunidad entera se atribuye su propiedad y se congrega ante ella como el peregrino milenario que es.

En Fitchburg, Massachusetts, una de estas rocas viajeras que había quedado cerca de una cantera y corría el riesgo de ser convertida en balastro fue cuidadosamente partida en pedazos y ensamblada de nuevo en el parque principal por petición de la gente. Glen Rock, New Jersey, creció alrededor de uno de estos bloques erráticos, referencia obligada para cualquiera que pretenda llegar al centro de la ciudad. Otras de estas rocas, en el campo, ven cómo los surcos de los tractores les hacen la venia en cada temporada de cosecha. Y, así mismo, hay muchas que los turistas visitan y fotografían en parques naturales como si de raros animales se tratara.

En Colombia, por su latitud tropical, no son comunes los bloques erráticos. Aun en la “era del hielo”, los glaciares no bajaron mayor cosa desde los picos helados como para llevar grandes piedras hasta donde hoy hay poblaciones. Sin embargo, sí existen grandes rocas transportadas por ríos o que simplemente cayeron

desde las cimas de las montañas. Que la gente las haya conservado y acogido no es tan común, aunque habría que buscar y recorrer el país en su búsqueda como lo hizo Hoffmann. Que yo recuerde, hay una enorme piedra del tamaño de un pequeño camión en el patio de una escuela de Támesis. Y creo que se salvó por una razón: tiene unos bellos petroglifos tallados en su frente. Esta roca podría ser considerada una de nuestras mascotas de piedra.

La Piedra del Peñol me parece demasiado grande como para ser candidata. Y, además, la idea es que la roca haya llegado allí desde otro lugar, y no que sea parte de la formación rocosa subyacente, como es el caso de este hermético peñón. Da pesar descartarla porque la gente la visita y se maravilla con ella, y los pueblos de El Peñol y Guatapé se la pelean como patrimonio —pelea de la que quedan una horrible *G* y media *u* pintadas sobre su negra superficie.

No se me ocurren más ejemplos de esta apropiación estética y colectiva de una roca en el país, aunque debe haber un buen número de casos. Es cierto que los urbanistas locales han dado un reciente protagonismo a las rocas en parques y ciudadelas: peñas que resultan de la excavación de una construcción y que

se aprovechan como ornato, pero esto no es suficiente para que sean consideradas verdaderas mascotas de piedra. Se precisa que sea una piedra vieja, que haya llegado allí antes que cualquier persona, y que poco a poco se haya convertido en motivo de sus afectos.¹

agromena@gmail.com

Notas

¹ La propuesta es que si algún lector cree tener una candidata a mascota de piedra, me lo cuente por correo electrónico —ojalá acompañada de una foto—, de manera que podamos armar una colección local. Si se logran reunir algunas, podrían enviarse de regalo a Fritz Hoffmann.



El fin del amor romántico y el diario de un putero

Álvaro Vélez

“¿A quién le importa si una mujer decide cobrar por sexo?”, se pregunta Robert Crumb en el prólogo del libro *Pagando por ello, memorias de un putero* (Ediciones La Cúpula, Barcelona, 2001), del canadiense Chester Brown. Con un dibujo sencillo y minimalista, Brown nos conduce por sus experiencias con la prostitución en la ciudad de Toronto. El inicio del periplo de Chester Brown es sencillo: cansado de la entrega absoluta y las condiciones que supone

mantener una relación romántica, decide romper con su novia Sook-Yin y resuelve, simplemente, ir de putas con la premisa de que en toda relación siempre se paga algo a cambio de poder tener relaciones íntimas.

Antes de dar el primer paso hacia el mundo del sexo pagado, el autor intercambia opiniones con sus amigos y colegas dibujantes Seth y Joe Matt, al igual que con su amiga Kris Nakamura, lo que nos permite como lectores asistir a diálogos donde la moral, la higiene, las normas, las opiniones subjetivas, las costumbres y los mitos alrededor de la prostitución y del amor romántico van ubicando a los personajes en diferentes posiciones. Claramente, el enfoque de Chester Brown es objetivo: si quiero tener sexo y no puedo acceder a él en el amor romántico, porque me es complicado manejar otros aspectos de ese tipo de relación, entonces simplemente pago por ello.

A partir de esa premisa, y después de indagaciones e intentos por relacionarse con prostitutas, Chester Brown consigue por fin su objetivo. De esa forma el relato toma vuelo porque el autor va contando, en una especie de diario con fechas y con las mujeres con que se relaciona, sus experiencias con el sexo pagado. El libro está dividido en capítulos, cada uno de ellos relacionado con una prostituta y con los encuentros con ésta. A veces, y como es lógico, va a visitar más de una vez a una mujer, entonces se estrechan más las relaciones y el autor nos regala, además de la consabida relación sexual dibujada, una conversación poscoito que muchas veces es más reveladora que el intercambio de fluidos que la precedió.

Pero el putero y dibujante es respetuoso en su relato, cambia el nombre de las prostitutas y, a pesar de que es dibujado, nunca se ve la cara de alguna de ellas porque las ubica sin mostrar el rostro o, simplemente, cubre su cara con un globo de diálogo. También cuida de dar una información detallada de la vida personal de cada una de las chicas con las que se acuesta. En todos estos sentidos Chester Brown es absolutamente respetuoso con sus encuentros sexuales, a pesar de que en los mismos su dibujo es explícito al punto de que podemos entrar en la intimidad de sus relaciones con las prostitutas y de asistir, como un típico voyerista, a las sesiones de sexo (como si fuera poco, el libro viene recomendado por algunas organizaciones y líderes de trabajadoras sexuales en Norteamérica).

La construcción formal del cómic *Pagando por ello, memorias de un putero*, es bastante atractiva quizás por lo que parece no mostrar: es un dibujo con pocos detalles y en un montaje con pequeñas viñetas. Chester Brown no hace alarde de grandes escenarios, mantiene casi siempre los mismos planos (medios, enteros y generales) y las posturas, en los momentos del sexo explícito, son completamente “normales”. Esto quizás reduzca la carga erótica, y hasta pornográfica, del cómic en su superficialidad, pero aumenta el interés por lo que el autor quiere mostrar más allá de sus experiencias con la prostitución: que la misma no debería tener una carga moral tan fuerte porque se trata de una relación entre adultos, con consentimiento de ambos. ¿Qué diferencia puede haber entre el sexo dentro del amor romántico y el de la prostitución, si

ambos, al final de cuentas, tienen que ser pagados con algo? Parece preguntarnos Chester Brown a lo largo del relato, en sus encuentros con las prostitutas, en las conversaciones con ellas o con sus amigos acerca del asunto.

Este libro, además, va más allá de un simple diario de putas. Chester Brown ha agregado al final del relato en cómic una serie de anexos que explican no sólo la forma tan detallada y respetuosa como construyó el relato sino además, y más importante aún, sus opiniones sobre la normalización de la prostitución en Canadá, sobre cómo es vista esta práctica en un mundo machista y de doble moral, además de explicar el hecho de que la prostitución ejercida de manera libre, con el consentimiento de ambas partes, es una transacción normal y beneficiosa para quienes la practican.

Finalmente, y como lo vamos descubriendo, Brown desecha por completo el amor romántico y termina construyendo su vida sexual alrededor del sexo pagado. Pero no todo es vacío y frío como parece, pues el mismo Chester Brown termina “enamorado” de una prostituta llamada Denise, o por lo menos teniendo con ella una especie de relación de monogamia donde, obviamente, el dinero está aún de por medio. El autor se despide del relato en una calle de Toronto, mientras conversa con su amigo y colega Seth y lo pone al tanto de su nueva relación de monogamia pagada: “Así que pagar por sexo no es una experiencia vacía si estás pagando por sexo a la persona adecuada”.

truchafrita@hotmail.com



La fuente de la vida

Claudia Ivonne Giraldo

La relación entre los tres tiempos —pasado, presente y futuro— es distinta en cada civilización. Para las sociedades primitivas el arquetipo temporal, el modelo del presente y del futuro, es el pasado. No el pasado reciente, sino un pasado inmemorial que está más allá de todos los pasados, en el origen del origen. Como si fuese un manantial, este pasado de pasados fluye continuamente, desemboca en el presente y, confundido con él, es la única actualidad que de verdad cuenta. La vida social no es histórica, sino ritual; no está hecha de cambios sucesivos, sino que consiste en la repetición rítmica del pasado intemporal.

Octavio Paz

Hace poco vi una película que no ganó ningún Oscar; que pasó desapercibida, la verdad no sé si se exhibió en esta ciudad fenicia: *The Fountain*, traducida como *La fuente de la vida*, de Darren Aronofsky —el mismo de *PI* y de *Cisne negro*—, con un Hugh Jackman y una Rachel Weisz renovados. Una compleja trama en la que los vasos comunicantes unen tres historias lejanas en el tiempo y en la que la música, la fotografía y las pretensiones son extrañas al cine masivo de Hollywood. Una reflexión sobre la vida y la muerte, profunda, conmovedora, sin concesiones. La vida y la muerte como dos pasos de un mismo momento, la vida perenne por la muerte, el ciclo del tambor del corazón, de la vida, de la muerte, de la vida.

Precisamente por sus juegos con el tiempo, por su afán de mostrar, con magistrales efectos especiales, la epifanía, la “revelación”, la película se hace epítome de una búsqueda de la humanidad, muy moderna pero también muy antigua: la búsqueda de la vivencia del tiempo recobrado, del tiempo detenido, del tiempo vivido, del

olvido del tiempo, del tiempo de todos los tiempos.

Octavio Paz, en uno de sus más lúcidos textos, *Los hijos del limo*, dice que nosotros, los hijos de esta época —y el texto es de los años setenta—, vivimos en la incesante persecución del ahora. No en *una*, sino en *la*. Nos enfrenta así a la certeza de que hemos perdido aquella relación íntima y sagrada con el tiempo. No es extraño entonces que las personas nos sintamos perdidas, extraviadas de nuestras propias vidas y tiranizadas por el reloj, la edad, el trabajo, los compromisos. Nos levantamos el lunes y nos arrojamos por el horrendo tobogán de la semana hasta caer en un domingo que solo anuncia un nuevo lunes.

Siempre el paso siguiente es el más anhelado, la sed del ahora que se hace más intensa, insaciable. Una sed que, paradójica, niega el paso de los años, entroniza la belleza juvenil como la única y desprecia la vejez como cosa mala, enfermedad, indecente relación con la muerte. En una carrera enloquecida, no envejecer; ese es el sueño. Una valoración colosal de la juventud que engendra monstruos. Los vemos día a día por la calle, con la cara hinchada, los pómulos falsos y los labios inflados. Su semejanza es la estimación desmedida del éxito, de la realización propia en términos bancarios o publicitarios, que origina seres a medias, espectros, lujosas pero grises existencias.

Agobiada, la humanidad se acerca a una búsqueda espiritual que le revele otras formas de percibir la vida, el cuerpo, la muerte y el tiempo. Algunos se van al Tíbet, y eso ya es algo; otros, en la sala de su casa encienden sahumerios, crean grupos de lectura, se enfrascan en nuevos estudios, se comunican con los ángeles; hay un ansia de frenar la loca carrera a la que ya se le ven los pelados huesos, las garras, los colmillos asesinos. Ansias de reverencia, ansias de lo

sagrado sublime. La prueba: una ciudad violenta como Medellín, en donde la pelona afila su guadaña bien temprano todos los días y sus noches, se congrega alrededor de un Festival de Poesía porque intuye que en esas palabras diáfanas a veces, a veces oscuras, se encuentra una fuerte medicina.

Las fiestas religiosas populares, las sencillas tradiciones, también sostienen el hilo de lo sagrado. Una pequeña observa un Nacimiento y su madre le dice que ahora nacerá el Niño Dios. He allí que un pasado remoto retorna renovado en el presente. Tal vez sea la única manera que un niño de ciudad tiene hoy de conocer esa magnífica experiencia. Por lo demás, durante su permanencia en la infancia reclamará para sí esa porción de alma que se le escatima, que a veces vislumbra en los cuentos de hadas, en buenas películas, en algún juguete encantado, en un poema o en los relatos de los abuelos.

A los adultos, incapaces, como parece que somos de conectarnos realmente con nuestro arquetipo poderoso y sagrado, con un tiempo inmemorial que retorna, nos quedan pues algunos rituales, también algún poema, una canción, una película inquietante. Sabemos que debemos regresar a los pasos lentos, entendemos que es urgente la tarea; la nostalgia de ese pasado y el apremio de lo sagrado nos hacen buscar señales en viejas señales, y quién sabe, tal vez sea el nuevo motor, la búsqueda de una generación de jóvenes que proponen nuevas maneras de vivir, limpias, ecológicas, conscientes, pacifistas, solidarias, amorosas. Le dan sentido al futuro.

claudiaivonne09@gmail.com



Escribir y leer

Luis Fernando Mejía

De la cabeza de Jorge Luis Borges se escaparon estas palabras: “Creo que el acto de leer es más completo, más pleno, que el acto de escribir”. Consuela saber la existencia de este concepto proviniendo de un hombre indiscutiblemente inteligente y culto. Después de conocer la reflexión de Borges no hay razón para el desaliento cuando la prestigiosa intención de escribir no pasa de ahí. A veces porque no hay nada que decir o porque, simplemente, ya se contó lo poco o mucho que había para expresar. La angustia que causa la hoja en blanco debe dar paso inmediato al acto de leer. Así se evita la humanidad otra persona aburrida, un alma en pena, contaminando el ambiente.

Pero debe saberse que escribir implica una gran responsabilidad. Mínimo, se debe madurar alguna idea, y luego hay que saberla expresar en un lenguaje que, por lo menos, lo comprenda el propio escritor. En cambio, leer es un comportamiento absolutamente irresponsable, si se quiere. El lector está frente al infinito donde recicla lo que le gusta, lo que le atrae, lo que le conviene o lo que entiende, pudiendo abandonar su tarea sin ningún tipo de remordimiento, pues existe la convicción de que ya llegará la buena lectura.

Redactar una novela, un cuento, un ensayo, un poema o cualquier otro artículo exige, para empezar, concentración. Es un vicio solitario. No es de las cosas que se puedan hacer simultáneamente con otra. Poner atención a las noticias de la radio o ver televisión no casan con la acción de escribir. No, hay que sentarse a pensar, tal vez lo que ya se pensó, pero son bocetos que deben recuperarse. Y duele cuando los conceptos medio se asoman o surgen graneados como

en una pobre cosecha. Si no se es un talento fuera de serie, escribir siempre es sufrir.

Queda siempre la opción de leer, y navegar por las lecturas más afines con la personalidad de cada cual, más provechosas para los apetitos individuales, y con la autorización de disfrutar de las ideas sufridas por otro y de sondear la imaginación de los demás. Sin el peligro de cometer errores de ortografía o de sintaxis. Se puede leer de casi todo pero no está permitido escribir de casi todo. Una persona de mediana cultura está en capacidad de leer desde un periódico popular hasta una revista de divulgación científica, pasando por el placer de la buena literatura. Pero este común ser humano librará su propio combate para redactar correctamente un párrafo para ser publicado en una revista en la sección “cartas del lector”. Escribir es trabajar, verbo que no genera mucha alegría en el mundo intelectual.

Escribir, también, es un riesgo. Luego de plasmar cualquier pensamiento en un documento es muy complejo afirmar que ese no fui yo, o que me entendieron mal. Las palabras escritas quedan atrapadas, esclavas de su propio contenido, expuestas al rechazo,

la indiferencia o la admiración de inesperados lectores, en cualquier tiempo y en insospechados lugares. Aunque luego vengan las correcciones, nadie garantiza que lleguen a los lectores originales. No hay un camino expedito para redimirse de una mala escritura.

La escritora española Santa Teresa de Jesús también quiso reforzar el valor de leer cuando organizó estas palabras: “lee y conducirás, no leas y serás conducido”. Por supuesto que estaba en lo cierto, aunque si se observan algunos conductores de la nación es obvio que se limitaron a deletrear la cartilla para el primer año escolar *La alegría de leer*, del inolvidable educador vallecaucano Evangelista Quintana, quien con el título de su obra ya se había igualado, en 1930, a un monstruo como Borges.

De todos modos debe hacerse justicia con la escritura. Primero fue ella que la lectura. No es el dilema del huevo o la gallina. Todo se inició en el paleolítico con el Homo sapiens rasgando las piedras de sus cuevas para representar en dibujos mensajes dotados de durabilidad. Época de grandes invenciones. Fueron los primeros pasos de la expresión escrita, que desde siempre constituyó un arte y un insumo que llegó a convertirse en un objeto



de dicha para los lectores profesionales. Si hay lectores plenos y felices en su actividad es porque hay escritos de inusitada excelencia que cautivan al más normal de los individuos.

Sin embargo, despuntan tiempos difíciles para la escritura y la lectura. Un monstruo se toma la palabra. ¿Será un acto rebosante de satisfacción leer en las redes sociales un *twitter* de 140 caracteres escrito por cualquiera que desee plasmar en letras sus calientes alegatos callejeros? Es tan preocupante el tema que hasta los políticos se sienten escritores y *trinan* sin tregua en su peculiar vocabulario, lo que permite sospechar que para estos nuevos autores escribir es un irresponsable placer dirigido a estoicos lectores. Confinada la escritura a este contexto, es imposible que Borges, tan lúcido, hubiere llegado a pronunciar aquello de “que otros se jacten de las páginas que han escrito; a mí me enorgullecen las que he leído”. El maestro argentino murió a tiempo.

lfinejia@udea.edu.co



El fútbol: una pasión al banquillo

Luis Fernando Afanador

Un domingo dejé el paraíso para ir a ver un partido de fútbol. Tenía trece años, estaba en la finca con mis primas, pero lo dejé todo y me fui solo, tres horas a caballo, cuatro en flota, para ir a ver un partido mediocre en el que mi equipo, onceavo en un torneo de catorce, perdió. ¿Por qué hice algo tan absurdo? Quisiera saberlo, para eso escribo estas líneas. ¿Lo volvería a hacer? No: ahora transmiten todos los partidos y en todas partes hay televisores. Ya el fútbol no es “la recuperación semanal de la infancia”, como dijera Javier Marías: es la infantilización total de la vida. Ya no hay que ir a caballo tres horas, ni tomar flotas lecheras. Ya no hay que esperar ni sacrificar nada: el fútbol está ahí, a cualquier hora. Tal y como lo describe Alessandro Baricco en *Los bárbaros*: “El partido de los domingos, que también existe ahora los lunes, los viernes, los jueves, en directo, en diferido,

sólo las jugadas importantes, por todas partes. El rito se ha multiplicado y lo sagrado se ha diluido”.

A mí no me llevaron a fútbol de niño. En mi casa a nadie le gustaba. ¿De dónde surgió mi afición? Tal vez de las páginas deportivas de los diarios, de las transmisiones radiales de los partidos: cuando empezaron las transmisiones de televisión y en verdad *vimos* nuestro fútbol, descubrimos el engaño: habíamos estado escuchando un género de ficción. Aunque lo más seguro sería decir que mi pasión se despertó a los doce años por culpa de un equipo que jugaba increíblemente y ganó todos sus partidos en el mundial hasta quedar campeón de forma contundente. La televisión, recuerdo, era en blanco y negro y los partidos empezaban a las cinco de la tarde, justo la hora en que llegaba del colegio. Esas semanas fueron vertiginosas, deslumbrantes. Mi equipo suramericano no sólo ganaba: su juego nos hipnotizaba. Luego de los partidos pasábamos horas y horas en la



esquina del barrio repitiendo las jugadas, tratando de aprenderlas. Sin embargo, cuando llegó el anhelado título, un domingo a las tres de la tarde, la sensación fue de un inexplicable vacío. Como si la vida hubiera llegado a su tope y lo que quedaba era caer y caer. Como si la victoria tuviera un costo amargo y fuera mejor perder. Esto último no fue grave: la selección de mi país acostumbra perder y el equipo de mis amores, hasta hace muy poco tiempo, también. En sus 55 años de existencia sólo ha obtenido una estrella, una anhelada estrella que por supuesto me dio una felicidad inmensa. Aunque efímera. Eso es: el triunfo es siempre efímero y al final no te colma.

No pretendo decir que perder sea mejor que ganar, pero de tanto hinchar por equipos que pierden he aprendido a valorar la derrota, a encontrarle su grandeza, sus ventajas. Es que hay algo vulgar en el triunfo. Lo descubrí en el mundial de 2006 comparando las fotos de los hinchas cuyos equipos habían ganado con las de los que habían perdido. Los rostros de la victoria eran desencajados, obscenos, ordinarios; los de la derrota, en cambio, eran dignos e infundían respeto: el dolor y la tristeza les conferían un aire sublime. Dos mil años de cristianismo no han pasado en vano. Gracias a esa religión tenemos una estética del dolor y del sufrimiento. Estos nos parecen bellos de una manera que nunca nos lo parecerá la alegría. La tristeza es profunda; la felicidad tiene mucho de frívolo. No juzgo, simplemente constato lo difícil que resulta escapar a una tradición. Como bien lo dice Ricardo Silva a propósito de *La pasión de Cristo*, de Mel Gibson, esa película que es una exaltación del sufrimiento: “Ver sufrir a Dios ha

sido, desde hace varios siglos, uno de nuestros pasatiempos favoritos”.

La vida, finalmente, es una derrota. “Envejecer, morir, es el único argumento de la obra”, dice el poeta Jaime Gil de Biedma. Unos pocos momentos de alegría y luego la derrota, siempre la derrota. Eso es lo que nos da la vida. Eso es lo que nos recuerda el fútbol. Y no solo la derrota: la injusticia que es la vida. Yo creo que, finalmente, esa es la gran representación del fútbol: lo injusto. Por eso el temor de la FIFA a introducir la tecnología. Un ojo de águila infalible sería la justicia, es decir, lo contrario a la esencia del fútbol. Porque no es justo, porque depende de un Dios arbitrario y de unos erráticos jueces humanos: por eso es que nos gusta el fútbol. La habilidad y el éxito de quienes se lucran con él ha sido mantener su naturaleza primitiva con la cual fue inventado hace 149 años. “Es el único espectáculo de masas realmente popular que queda”, me dijo en una entrevista Carlos Monsiváis. Pero quien mejor se ha acercado a develar su misterio ha sido otro mexicano, el poeta Antonio del Toro en su poema *Fútbol*:

Entre la multitud que se agita
como un bosque encantado,
libres del deber, por el gusto del
pasto, en la delicia de ver rodar,
de sentir cómo nace del pie la
precisión que en la vida
normal le arrebató la mano,
estamos reunidos hoy en este
campo donde no crece
ni la cebada ni el trigo;
somos el coro que lamenta y que
festeja,
el suspiro que acompaña al
balón cuando pasa de largo
y el grito entre las redes.

Nació la pelota con una piedra o
con la vejiga hinchada
de una presa abatida.

No la inventó un anciano, una
mujer, ni un niño;
la inventó la tribu en la celebración,
en el descanso,
en el claro del bosque.

Contra el hacer, contra la dicta
dura de la mano,
yo canto al pie emancipado por
el balón y el césped,
al pie que se despierta de su
servil letargo,
a la pierna artesana que vestida
de gala va de fiesta,
al corazón del pie, a su cabeza,
a su vuelo aliado de Mercurio,
a su naturaleza liberada del
tubérculo;
a cada hueso de los pies, a sus
diez dedos
que atrapan habilidades hace
milenios olvidadas
en las ramas de los árboles.

Yo canto a los pies que fatigados
de trabajar las sierras
llegaron al llano e inventaron
el fútbol.

El fútbol moderno, como bien lo explica Baricco, al suprimir el jugador número 10, que era el creativo, ha desterrado el talento, la excepcionalidad, lo artístico, y se ha adaptado al modelo atlético del deporte americano, que se impone mundialmente a través de la televisión. El fútbol ya no es lo que conocimos y sin embargo siguen vigentes sus símbolos de derrota, injusticia y negación del trabajo. Sigue vigente — hasta ahora — la épica del David contra el Goliath: el equipo chico que derrota al grande, el de las estrellas y las multinacionales.

lfafanador@etb.net.co

